

A. C. N. DE P.

AÑO XX

Madrid 1 de abril de 1944

NUM. 328

A su paso por Madrid, don Angel Herrera saluda al Círculo de Estudios

De regreso de Cádiz, en donde había pronunciado algunos sermones y unas conferencias, estuvo breves horas en Madrid el que fué primer presidente de la A. C. N. de P. y hoy presbítero, don Angel Herrera.

No podía pasar inadvertida esta visita, y así en la mañana de ese día don Angel Herrera celebró en la capilla de la Casa de San Pablo una misa de comunión, a la que asistieron el Presidente y los consejeros de la Asociación y el Comité ejecutivo del Consejo de Administración de La Editorial Católica, por ser las dos entidades que el señor Herrera presidió.

Por la tarde, una vez terminadas las visitas oficiales que le obligaron a detenerse en Madrid, relacionadas con las nuevas obras sociales que tanto le preocupan, concurrió al Círculo de Estudios que ese día se celebraba, al final del cual saludó a los numerosos propagandistas que asistieron al mismo.

De su intervención en él y de la de nuestro Presidente, don Fernando Martín-Sánchez, damos a continuación la siguiente referencia:

El saludo de nuestro Presidente

Don Fernando MARTÍN-SÁNCHEZ JULIA: La primera actualidad de Acción Católica hoy en este Círculo de Estudios es la presencia entre nosotros de Angel Herrera, y tócame a mí como Presidente de la Asociación el grato encargo de saludarle en nombre de todos.

Hace casi ocho años, día a día, que Angel Herrera, en el mes de abril de 1936, en este mismo salón y durante un desayuno de la Sección de San Pablo, se despedía con unas sentidas palabras de España y de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. De las palabras que entonces pronunció, que yo recuerdo bien, se ha cumplido lo principal. Iba a Suiza para estudiar en la Universidad Católica de Friburgo lo necesario para su ordenación sacerdotal, y vuelve sacerdote ya ordenado. De todo lo demás que anunció, la Providencia, si conviene, hará que con el tiempo vaya madurando.

Pero desde mucho antes, pues hará ya diez años, Angel Herrera, aun siendo Presidente de la Asociación, cesó de concurrir habitualmente a este Círculo de Estudios por atender a otras ocupaciones, y, por tanto, dejó de presidirlo.

Ocho años o diez años son larga ausencia, durante los cuales en España han pasado muchas cosas, y

comprendo que si es muy humano, y por tanto muy frecuente sentir gran emoción al tornar a vivir en los lugares que nos fueron queridos, la emoción de Angel Herrera, aunque él encierre los sentimientos del corazón entre las cuatro paredes de las virtudes cardinales, habrá sido muy profunda cuando haya pisado por primera vez a su retorno esta casa. Tan humana y frecuente es la emoción al retornar tras de largas ausencias que para evocarla ahora yo tendría innumerables estampas de la Historia o trozos de la Literatura, desde los géneros más inferiores hasta las grandes obras clásicas; desde la romanza sonora que llamó dichosos a los ojos que vuelven a ver los patrios lares o el coro zarzuelero de los que por fin ven la tierra que los vio nacer hasta escenas de la "Odisea".

Pero hay dos momentos que yo recuerdo, uno de la Literatura y otro de la Historia, que a la emoción añaden una manifestación íntima que no es corriente: la del beso sobre los lugares en que se fué feliz.

Cuando Ulises arriba a las playas de su reino y la diosa Minerva le descubre la isla dichosa, emocionado profundamente se arroja al suelo y besa la fértil tierra de la bella Ítaca.

Y arranco a la Historia este recuerdo, que si no cuadra con Angel Herrera en cuanto al personaje protagonista porque es de Ezzelino, el guerrero gibelino que mantuvo la guerra en el siglo XIII en todo el norte de Italia, sí le cuadra perfectamente por la emoción que refleja. Hay en Padua, la ciudad de la que Ezzelino salió vencedor y volvió vencedor después de largos años, un puente que se llama el Puente delle Torricelle, y en él una lápida en la que se lee lo siguiente:

En este lugar Ezzelino, ritornando vincitore..., scendendo del cavallo, la cittadina porta avidamente bació"; es decir, en este lugar Ezzelino, retornando vencedor, descendió del caballo y besó avidamente la puerta de la ciudad.

Yo no sé si tu emoción habrá sido semejante a la de Ulises al tornar a su patria o a la de Ezzelino al volver a su ciudad. Yo no sé si tú has besado el suelo de esta Casa de San Pablo aunque ella sea tierra fértil en frutos espirituales y cosechas apostólicas. Tampoco habrás besado la puerta de la Casa, aunque ella cierre estos muros donde tantas fortalezas del espíritu se han guarecido. Pero si estoy cierto de que has espiritualizado, has sobrenaturalizado, has divinizado el beso de Ulises y el beso de Ezzelino cuando esta mañana al decir la

Santa Misa e inclinarte sobre el ara has besado seguramente con avidez profunda el altar de la capilla de la Casa de San Pablo. (Grandes aplausos.)

Palabras de don Angel Herrera

Tienes mucha razón, querido Fernando. En efecto, he entrado en esta casa con profunda emoción, pero de esperanza. Cada vez más esperanzado en el porvenir de todo lo que esta casa representa. Esperanza, primero, basada en el orden sobrenatural, porque después de lo que había sido esta casa en los años precursores del Movimiento, sólo por una protección muy especial de Dios Nuestro Señor puedo yo reunirme en este salón, presidido por la Virgen Inmaculada que dejé cuando salí de Madrid, encontrar las mismas máquinas, la capilla intacta. Todo eso es poco. Mucho más importante que eso es que haya encontrado en toda España la Asociación Católica Nacional de Propagandistas, que fué la obra madre de todo lo que hay en esta casa y mucho de lo que por España hay. Y no solamente la he encontrado como la dejé, sino más viva y más floreciente que la dejé. ¡Cuántas personas creían que sería una de tantas instituciones que se acabarían con la guerra! A más de cuatro se lo oí yo. Y es todo lo contrario. Puedo decirlo casi con más razón que ninguno, porque todavía tengo impresas las reuniones de Barcelona, Zaragoza, Bilbao, San Sebastián este verano, la de Valencia, ayer la de Sevilla, pocos días antes la de Jerez y la de Cádiz. Y en todas partes he visto que cuando hay una sacudida de orden espiritual, una llamada a las conciencias y al deber de actuar en la esfera de influencia en que se mueve nuestra Asociación, espontáneamente se dice: ¡Pero lo primero que tenemos que hacer es fundar el Centro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas! Un ejemplo de ello es en Cádiz, donde se habían reunido 14 personas con el fin de organizar la Acción Católica, y decía José María Pemán. "Empecemos por la Asociación, que es la obra madre de la Acción Católica." Y traigo el encargo de Pemán de ponerlo a disposición de nuestro querido y óptimo Presidente, como le ha llamado el Romano Pontífice. Yo estoy plenamente convencido de que la Asociación de Propagandistas ahora es cuando entra en el periodo de máxima influencia, y yo espero mucho de ella. Yo sé que los sacerdotes tenemos el deber de consagrarnos al cultivo de estas minorías. Es una necesidad porque sabemos que llenan un gran lugar, y pre-

cisamente en el orden social a que se ha referido la conferencia de Cerro.

El problema social

Las palabras que yo os voy a decir se van a concretar a este punto. No hace falta, pero nunca está de más que yo insista llamándoos la atención sobre lo importante de dedicarse de lleno a la cuestión social. Yo he visto, con la alegría que podéis figuraros, los magníficos comentarios que se han hecho sobre las conferencias que se han pronunciado aquí sobre los mensajes del Papa, que han merecido el elogio del Romano Pontífice. Yo les pediría a ustedes que siguieran por ese camino porque lo necesitamos en provincias. Comprendo las dificultades actuales de información, pero si ustedes no pueden tenerlas, en provincias mucho menos podemos adquirirlas. Ustedes saben que el movimiento social es grande en todas las naciones y que se está preparando esa verdadera avalancha de reformas buscando un nuevo orden social. La preocupación del Romano Pontífice está viéndose todos los días, a pesar de que la guerra podía absorberle toda la actividad. El Papa ha pronunciado cinco discursos importantes. Todavía en uno de estos últimos, el que ha pronunciado a los predicadores de la Cuaresma, después de haber hablado el Papa del tema propio de Cuaresma, dedica un párrafo a la cuestión social para lamentarse de un fenómeno que ustedes conocerán bien, que es el de la desviación de una parte de la juventud católica que se va francamente hacia el comunismo, llamando la atención de que el límite está marcado en las encíclicas de León XIII y Pío XI, y que no solamente quisiera yo que ustedes trataran de su estudio en la parte ideológica, sino también de su ejecución. Lo que esperamos de ustedes los propagandistas es la realización. El convertir en realidad todo lo que hemos predicado, el dar a los obreros pruebas de que los católicos seremos capaces de resolver la cuestión social. Y como yo estoy muy en contacto con los obreros en fábricas, etc., les quiero decir en pocos puntos cuál es la conciencia obrera española:

Punto primero.—Hay mucha más fe de lo que se cree entre los obreros españoles. He visto las estadísticas de las fábricas en Santander y son muchos los obreros que tienen fe, pues pasan del 70 por 100. En las cárceles, entre los reclusos por delito político, lo mis-

mo. La opinión unánime de los que tratamos con los obreros es que hay mucha más fe de lo que se cree.

Punto segundo.—La gran labor que se ha realizado en estos últimos años con los ejercicios, las misiones, la predicación, etc., ha producido sus frutos. Eso es innegable. La palabra de Dios, sentida y predicada con fe y con amor, produce siempre sus frutos. De esto no hay que preguntar a nadie. Yo les puedo decir que he visto a 700 obreros haciendo un vía crucis con verdadero fervor y recogimiento.

Punto tercero.—Como clase social y como fuerza social están donde estaban, si no están más alejados de nosotros. Es más. Basta un simple hecho cualquiera; por ejemplo, el desembarco en Africa de los norteamericanos para que una gran parte de la obra que venimos realizando se venga abajo. Ellos esperan el porvenir de la patria con las reformas de orden económico. No regatean el decirnos: si, se ve que se va de buena fe y creemos que nos lo quiten dar, no tenemos recelo en que nos lo dé la Iglesia. Eso es una solución, no tiene duda; pero no tiene fuerza o no quieren dárnosla.

Después de unos ejercicios en el seminario de Vitoria, en que les hable de la cuestión social, he visto cómo vibraban de alegría y decían: "Ya era hora." Y no cabe duda que hemos perdido mucha autoridad, ya que no se ve la colaboración clara, entusiasta, decidida del elemento católico que prepare el camino de las reformas sociales. ¿Cuál es la razón de fondo de que las cosas vayan así? Yo les digo a ustedes que es que falta verdadero amor al pueblo. Al pueblo se le tiene que amar. En presencia de una muchedumbre la primera pregunta que uno hace es la siguiente: "¿Encontraremos pan para que coman todos estos?" Este es el grave problema de los españoles, y este problema, claro está, es de orden religioso. Ha habido de un tiempo acá una falta de verdadero motivo de piedad y de misericordia y de sacrificio. Y es lógico que cuando el rico se acuerde del pobre, cuando practique la misericordia, entonces se verá el fruto.

Yo quiero decirles a ustedes que la misión del grupo sacerdotal ha de ser precisamente la cuestión social. Pero yo creo también que un instrumento para esta labor es la Asociación Católica Nacional de Propagandistas. Hoy es una fuerza aumentada después de la guerra.

No quiero ser ni pesimista ni opti-

mista. Yo creo que llegaremos a ganarnos al pueblo; ahora bien, tiene que ser con sacrificio grande. Es hora de muchos sacrificios. Si no hay un verdadero sacrificio de tiempo, de dinero, de actividad de influencia social; si no pensamos mucho en los demás llegaremos necesariamente tarde. Pero si hacemos este sacrificio, y la Asociación Católica Nacional de Propagandistas va en vanguardia, ya lo creo que llegaremos a tiempo.

Desde luego yo soy optimista. Y si os he hablado con emoción es por el recuerdo de tantas cosas que han ocurrido en esta casa y por la gracia que me ha concedido Dios al entrar en el sacerdocio, y con emoción porque yo espero que sea una realidad el que un día nabra una verdadera comunicación entre la clase culta y el pueblo español obrero. Es preciso llegar al fondo del corazón del pueblo español para ver la gran cantidad de hidalgua y caballerosidad que encierra. Dios quiera que con intervención de los propagandistas y por su actuación en la vida pública sea una realidad lo que todos queremos. (Grandes aplausos.)

Don Fernando MARTIN - SANCHEZ: Como veis, el problema social es de una importancia y urgencia que no hace falta ponderar. Yo no sé si Angel Herrera tiene demasiadas esperanzas de lo que podemos hacer directamente los propagandistas, impedidos por una porción de circunstancias que tantas veces traban las iniciativas. Pero por lo menos, siguiendo aquel consejo que di en la Asamblea de Loyola de hace dos años, y que este año he repetido en mi discurso; la Asociación ha fomentado, en todas partes donde ha sido posible fundarlos. Círculos de Estudios especializados sobre cuestiones sociales, procurando que en ellos se reúnan jefes obreros, técnicos y empresarios, sin que les falte la aportación de los economistas para buscar soluciones concretas al problema social a España en 1944. A los economistas, pues los tenemos magníficos en la Asociación, los quisiera yo ver más propicios a divulgar sus conocimientos y a prestar su colaboración en todas estas obras porque nos es necesaria su competencia y no deben regatearla.

El Círculo especializado de cuestiones sociales funciona en el Centro de Madrid. Lo lleva perfectamente este año Alberto Martín Artajo. Y puedo decir a Angel Herrera, como Presidente de la Asociación y por comunicación del secretario del Centro de Madrid, que ese Círculo va francamente bien. Se han oído en él cosas muy claras, porque no me atrevo a decir hirientes para alguna mentalidad, sobre ambiente obrero en muchos sectores de España. Por ejemplo, hace poco Quintín Pérez Liébana, antiguo alumno y después secretario del I. S. O., ha hablado del ambiente que rodea al obrero portugués; por cierto lo hizo muy bien, con datos tomados de un manifiesto que circula en Portugal.

Por otra parte ha habido otros intentos de exponer con altura universitaria los problemas económicos de la post-guerra y los derechos de la persona humana en relación con el mundo del trabajo. Aquí tengo delante la instancia que el Centro de Estudios Universitarios elevó al ministro de Educación Nacional en noviembre de 1943, pidiéndole el necesario apoyo para dar cursos de conferencias sobre dichos problemas. Vamos a ver si pueden verificarse esos fecundos actos en el año actual.

A. C. N. de P.

HA EDITADO UN FOLLETO CON EL TEXTO OFICIAL
EN CASTELLANO DE LA ULTIMA ENCICLICA DE
SU SANTIDAD PIO XII

DIVINO AFFLANTE SPIRITU

Pedidos a la Secretaría General

Casa de San Pablo. - Alfonso XI, 4, 4.º

Fragmentos de mi autobiografía

Don Fernando MARTIN-SANCHEZ JULIA: En Cádiz hay una iglesia que Santa Cueva se llama (podíamos cantar con la tonadilla infantil del corro). Y se llama Santa Cueva porque está edificada bajo tierra. Es fundación de un presbítero que era noble de sangre y noble por título. Es una iglesia recoleta, oscura; no triste, pero sí íntima. Si hoy hablarais de esta iglesia subterránea con el mundo borracho de guerra y con el léxico estropeado por términos bélicos seguramente que os comentarían: "¡Una iglesia subterránea! ¡Magnífico refugio antiaéreo!"

Lo recuerdo porque es un caso más en que resulta falso aquello que dicen ahora de que todo tiempo pasado fué peor. En este caso hubo un tiempo pasado que para esa iglesia fué mejor que la posibilidad de ser refugio antiaéreo, y fué el día de la Purísima Concepción de 1928, en cuya madrugada esa iglesia sirvió con su silencio y su recogimiento para celebrar la vigilia eucarística nocturna que preside a todos los actos de imposición de insignias de los propagandistas. A la mañana siguiente el primer propagandista gaditano que recibió la insignia fué José María Pemán y Pemartin. La recibieron otros, en su mayor parte procedentes de los estudiantes católicos, y alguno de ellos—por lo menos uno—debe estar ante vosotros. Se trata de un montañés injerto en gaditano, arrogante él, simpático, que tiene un nombre muy largo: Jesús Rodríguez y García de los Salmones, y al que todos llamamos familiarmente Jesús Salmones. También él recibió la insignia aquel día.

Pemán ha rendido parias ante las estatuas de casi todas las musas. No le faltan más que tres: la de la música, porque no sé que hayas escrito sinfonías; la de la danza, porque no creo que hayas inventado ningún baile; y la de la astronomía, porque aunque como poeta habrás contemplado muchas veces el cielo tachonado de estrellas en la noche serena, supongo que no te has dedicado jamás a calcular el paso de los astros por el meridiano ni a medir azimutes con la estrella polar.

Hoy vienes a presentar tus ofrendas ante el ara virgen de otra musa, Clio, la musa de la Historia, a la que dedicas tu primera ofrenda con la historia de tu misma vida, con la historia de ti mismo. Pemán escritor, prosista, novelista, poeta lírico, poeta heroico en "La bestia y el ángel", por ejemplo; dramaturgo, autor de comedias, es como el brillante: con tantas facetas que cuando la luz de la publicidad le llega desde por todas partes bellas y variadísimas irisaciones; pero Pemán es además orador y rinde pleitesía a otra musa, Polimnia, a la que suele representarse con cadenas a sus pies para simbolizar el encadenamiento de los oyentes.

A ti, Pemán, gran orador, orador caudaloso, orador en cascada, francamente no sé a quién compararte. Y eso es una virtud. No puedo compararte por dos motivos: primero, por tus propios méritos, y después por la dificultad de comparar a oradores presentes con preteritos, porque, aun remontándonos a Demóstenes y Cicerón, de ellos no conocemos más que discursos escritos, y un discurso escrito es como conocer a

Por don José María PEMAN

una persona por su retrato o a una ciudad por la guía. Se conocen, sí, los rasgos esenciales, pero no el ademán del orador, la gallardía física, la voz, las circunstancias, el público, el momento. El discurso escrito, como el retrato, tienen una falta esencial: a los dos les falta la vida.

Te podría comparar con oradores contemporáneos. Eres caudaloso, de grandes párrafos, como Vázquez de Mella, de quien eres entusiasta. Eres quizá más elocuente que Maura, pero menos ático. Me atrevería a pensar, aunque luego me censures en tu autobiografía, que eres castellarino, recordando que de Castelar dice Menéndez y Pelayo que sus oraciones eran verdaderamente cascadas de flores y de imágenes. Pemán tiene mucho de esto. Es el poeta orador que en cascada emite ideas revestidas de preciosas imágenes.

A nuestro secretario general le escribía Pemán hace poco tiempo, diciéndole que tenía grandes deseos de verse otra vez en este ambiente. Y yo quisiera que nuestra acogida le convirtiera en vehementes esos deseos. Aunque como poeta eres—en frase de don Marcelino—"cosa leve y alada"; pero poeta y todo has entrado volando en el cielo, siempre lleno de bombas de la política. También tú has sido político. Yo recuerdo un José María Pemán, allá en los años finales de la Dictadura de Primo de Rivera, que se sacaba de los bolsillos capítulos de una Constitución a medio terminar para la Monarquía unitaria española. Por aquellos avatares políticos tuyos, por otros quizá no tan remotos, quizá hayas sentido lo que ya he experimentado en muchos propagandistas.

A muchos propagandistas elevados a las alturas de la vida política o lisonjados por el éxito en la vida pública, yo les he escuchado demasiadas amarguras aun en medio de los goces y de las satisfacciones del triunfo y del poder. Y os decía—me parece que en Loyola—que estos propagandistas anhelaban muchas veces volver al regazo amable de la Asociación para gozar de la amistad fraterna de sus compañeros; que les ocurría como a la fábula de Berenice que poetizó Tibulo: el bucle que, cortado de la cabellera, fué llevado a los cielos, convertido allí en brillante constelación, pero que desde esas alturas siderales añora el dulce calor de la cabeza de su amable dueño. También muchos propagandistas añoran desde las alturas siderales del triunfo del poder este dulce regazo de la amistad cristiana de la Asociación. Y yo quisiera hoy, Pemán, puesto que pocas veces te vemos, recibirte con un abrazo, en que el espíritu sobrenatural, el calor de la amistad y el fervor cristiano, te hiciera vehementes los deseos de permanecer entre nosotros. Y nada más. Tienes la palabra.

Lo primero, agradeciendo con todo el alma las palabras de nuestro querido Martín-Sánchez, devolverle ese abrazo con el mismo espíritu sincero y fraternal y manifestaros lo que él ya ha adelantado, o sea, la gran alegría y emoción que me produce el verme en este ambiente

tan lleno de recuerdos para mí. Es cierto que la vida, como a otros, me ha llevado por mil caminos y tierras, haciéndome casi rendir culto a esas tres musas que quedaban vírgenes, porque a la danza se lo he rendido, porque he danzado de aquí para allá; a la de la música, porque he cantado las verdades, y también a la astronomía, porque me dieron con la badila en los nudillos y me hicieron ver las estrellas. Pero yo os aseguro que en medio de esa dispersión de vida laica no he dejado de estar fuera de vosotros ni de los Círculos de Estudios, porque de un círculo no se está nunca fuera cuando el círculo se ensancha, y el Círculo de los Propagandistas es algo inmenso, del que no se sale nunca. Y yo os aseguro que íntimamente, cuando me he visto en alejadísimas tierras hablando de las muchas cosas que siempre hemos hablado, yo sentía cómo lo mejor de mis palabras salía siempre de aquella parte de mi corazón que seguía siendo auténticamente propagandista. Por eso yo hoy, como a la familia, os traigo algo de lo más familiar e íntimo, que son unos fragmentos de esta autobiografía mía. Como digo, es un testimonio de familiaridad e intimidad, porque es un poco mi vida. Se va a titular este prólogo "Confesión general".

Yo pecador...

Yo me confieso, lector, de haber nacido el 16 de diciembre de 1917. Quiero decir que ese día pronuncié mi primer discurso en público y por primera vez sentí en torno mío esa atmósfera difusa que le hace a uno sospechar que acaso está uno destinado a ser le esa clase de hombres distintos, ligeramente gloriosos e insoportables, que han de seguir la carrera de las Letras. Tenía yo entonces veinte años. Había nacido el 8 de mayo de 1897. No he querido quitarme la edad. He citado aquella fecha como inicial porque, en realidad, creo que las biografías de artistas y escritores deben referirse casi exclusivamente a su vida de arte y letras, que ha de ser, si cumplen su labor con autenticidad, su vida más verdadera. (Los capítulos primeros, que cuentan sus travesuras y niñadas, anteriores a su dolorosa y feliz entrada en el mundo del Arte, suelen aburrirme bastante en esas biografías. Creo que al lector le pasará lo mismo y trato de ahorrárselos. Y en cuanto al resto de la vida humana y diaria del escritor, que acompaña a su carrera, no creo tampoco que deba incluirse en su confesión de artista o literato. Creo que eso pertenece a la confesión sacramental. Y los confesores suelen coincidir en que éstas son, por lo general, bastante monótonas e insípidas, como montadas sobre el menaguado armazón de siete pecados y siete virtudes. Por eso digo, como principio de mi confesión, que nací en el patio del colegio de San Felipe Neri, de Cádiz, el 16 de diciembre de 1917. Y digo que con esto inicio mi "Confesión" porque acaso en esta vida de las letras, voluntariosa y agresiva, es más verdad aun que en la otra que "el pecado mayor del hombre es haber nacido".)

Mejor que mis "memorias" finales, llenas siempre de cautelas frente a la

posteridad ya cercana e irremisible, me alegro de pronunciar en mi cuarentena, frente a la vida, la alegre oración fúnebre de la parte de ella que llevo vivida. Por eso, para quedar en paz conmigo y sacar provecho de esta especie de "retiro" o ejercicio espiritual, he querido dar a estas cuartillas tono de "Confesión general". Examen de conciencia ya lo estoy haciendo. Confesión vocal no ha de faltar larga y cumplida. Espero que tampoco falte el dolor de corazón y el propósito de la enmienda. Por lo demás, la crítica se encargará de la penitencia, con seguridad... y posiblemente de la absolución.

He de intentar un modo de confesión sereno y objetivo. He de ser ante todo sincero y alegre. Los dos modelos inmortales del género son las "Confesiones" de San Agustín y las de Rousseau. Se ha dicho que el primero se confiesa de rodillas y el segundo de pie. Yo, que no soy grande ni en la humildad ni en el orgullo, voy a intentar confesarme sentado.

Prehistoria

Digo, pues, que la historia de mi vida empieza con la historia de mis letras, a la que he fijado, por razón de método, esa fecha inicial. Porque no falte del todo la "prehistoria" diré, sin embargo, unas palabras de mi vida anterior. Estudiaba el bachillerato en el colegio de San Felipe Neri, de Cádiz, fundado por don Alberto Lista y regido luego por los marianistas. Yo hacía ya versos entonces. Creo que los hice siempre. Recuerdo vagamente que mis primeros versos fueron un leve y homérico poema épico a la descomunal pedrea que los escolares de San Felipe tuvimos con los pilletes de Puerta de Tierra.

... ..
Mi último recuerdo infantil y colegial se refiere a la clase de Preceptiva Literaria. El profesor, que debía tener ideas optimistas y expeditivas acerca de la Poesía, nos puso una vez como "tarea" a los seis alumnos que formábamos la clase hacer un soneto para el día siguiente. Yo hice los seis sonetos. Naturalmente me reservé para mí el que me parecía mejor. Sin embargo al profesor le pareció el peor de todos. Me dijo que yo no servía para poeta. Yo repliqué, entre dientes, que para lo que no servía, por lo visto, era para "crítico", sin que el compromiso de honor que había adquirido con mis compañeros me permitiera aclarar más mi silbática respuesta.

Por lo demás esta "prehistoria" juvenil de mi vida de letras cumple bastante bien el patrón exigido para una buena biografía de literato célebre. Fui buen estudiante. Gané un razonable número de sobresalientes y matriculas de honor. No tuve ningún suspenso. Estudiaba con más agrado las letras que las ciencias. Mi facultad más desarrollada era la memoria, que en aquel tiempo era fabulosa; y se exhibía por mis profesores, a los inspectores y visitas ilustres, con no menos ufanía que la botella de Volta del gabinete de Física. Hablo de esto porque parece decidido que la memoria es la única facultad de la que uno puede ufanarse sin incurrir en petulancia. Esto debe ser porque se supone que es la facultad más libre y silvestre y menos intervenida por el esfuerzo y mérito de la propia voluntad. Sin embargo yo pienso que cabe en ella no poco cultivo y laboreo. Por lo menos, yo creo recordar que el trabajo y el método intervenían no po-

co en aquellas pruebas nemotécnicas que yo realizaba: en las que repetía listas de cincuenta y sesenta palabras oídas una sola vez, y en una ocasión, un catálogo de cien marcas de automóviles: prueba esta última que me valió, como premio apostado, un "Simbad, el marino", con canto de oro.

El primer día

Salido ya del colegio y estudiando la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla fui encargado por primera vez de pronunciar un discurso en ese día que digo. La Congregación de Marianistas celebraba las bodas de plata del colegio y organizó un acto literario en el que habíamos de hablar tres "antiguos alumnos". Entonces, en tales actos, se hablaba de "chaqué". Tan novicios e inexpertos éramos los tres oradores que recuerdo que el anterior a mí, al levantarse para acercarse a la mesa, me preguntó si debía hablar con los guantes puestos o quitados. Yo opine que quitados, pero no con excesiva convicción.

Como ya indiqué, ya aquel día tuve yo la sensación de haber encontrado algo—no sabría decir qué; un camino, una vocación, una posibilidad—que había de ser sustancia en mi vida. Creí aquel día que me había sido concedido algo terminado y completo, como la lengua de fuego de una Pentecostés. Hoy comprendo que esto era un puro espejismo. Probablemente aquel día yo no encontré más que esas materialidades de oficio—voz, ritmo, comunicación rápida con el público—que ya habían de acompañarme, sin deserción, toda mi vida. Lo suficiente para muchas ovaciones: la nada casi para la honradez del Arte. Había de tardar mucho tiempo en encontrar el relleno preciso y honesto para esos estuches verbales que con tan preciosa facilidad construía. Acaso en ningún género literario de los muchos que he cultivado he tardado tanto, como en este, en encontrarle su puro destino. La eficacia inalterable de mis recursos exteriores me tentaba demasiado al mínimo esfuerzo. Aquel día conocí ya ante mí el gran entusiasmo. Pero probablemente aquel día no me fué dado más que un gran peligro y una grave responsabilidad.

Preludio clásico

Continúo mi narración. Mi éxito oratorio no significaba, sin embargo, todavía una decidida predestinación literaria para mi vida. La oratoria es arte híbrido y de aplicación. Sirve para cantar la patria o el amor; pero sirve también, sencillamente, para defender a un estafador o para discutir el presupuesto de agricultura. Como yo todavía no había publicado verso alguno, los que me rodeaban vieron en el triunfo de mi primer discurso el síntoma inequívoco de que yo sería un gran abogado o acaso un gran político. En los usos de la época nadie se hubiera asombrado porque aquel discurso aplaudido significara, como en horóscopo y vaticinio, que yo habría de ser ministro de Marina.

El ambiente doméstico que me rodeaba era, por esencia, serio, rígido y normalísimo. Mi casa era rítmica y puntual. No conocí yo por entonces el más leve atisbo de bohemia literaria. En mi casa la idea de un hijo total y profesionalmente "literato" hubiera parecido tan extraña como un mantón de Manila sobre el piano. Sin embargo, hoy día bendigo yo ese ambiente claro y disciplinado como bendigo la retó-

rica, la métrica, la lectura de los clásicos, los atisbos de humanidades y todo cuanto contribuyó a cimentar mi arte en orden y verdad.

Estaba, pues, decidido que yo había de ser abogado, y para ello estudiaba. Mi única evasión de esta ordenada y sensata disciplina era, a última hora de cada tarde, el regalo y delicia de un par de horas en la biblioteca del Casino Gaditano. Esta biblioteca—obra del Cádiz culto y fino de fines del siglo XIX—poseía más de diez mil volúmenes y los más cómodos sillones y mesas de lectura, con luz baja y pantalla verde que pueda uno imaginarse. Los lectores, aunque abundantes, eran silenciosos y discretos. Las alfombras, gruesas. La calle contigua, silenciosa. Todo contribuía a arrullar la sensibilidad con una caricia algodonosa y caliente que aun hoy me estremece de voluptuosidad, y que los días de lluvia—sobre todo cuando pasaba bajo las ventanas, por el asfalto, un coche con llantas de goma—alcanzaba categoría de droga sedante y casi pecaminosa.

Mi encuentro más jubiloso en esas tardes fué con la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra. Me eché sobre ella con fruición de gula. De entonces datan mis más estupendas hazañas de lector, entre las que anoto como campeonato la lectura íntegra del "Amadis de Gaula". También lei todo fray Luis de Granada y casi todo el teatro clásico—que no es poco—que trae la Rivadeneyra.

Al encuentro de este clasicismo español con que me vacunaba, para poder asimilar ulteriores lecturas más libres y atrevidas, vino pronto el otro clasicismo; el greco latino o humanístico destinado a ejercer en mí una influencia casi tiránica durante algunos años. Creo que fué en el penúltimo año de mi carrera cuando, en las vacaciones que pasaba siempre en el campo, lei la "Historia de las ideas estéticas", de Menéndez y Pelayo. La lectura de los primeros capítulos, sobre todo los destinados a exponer la teoría de "lo bello" en Platón, causaron sobre mi espíritu una decisiva influencia. Lei rápidamente todo Menéndez y Pelayo, y tras él los clásicos griegos y latinos en las mejores traducciones que pude encontrar. Me hice un horaciano intransigente, y mi afición poética, hasta entonces circunstancial y difusa, empezó por vez primera a organizarse y a cuajar en un cultivo verdaderamente dieciochesco, del endecasílabo libre y del sáfico adónico. Repito que nunca agradeceré bastante a los dioses esta primera y rigurosa intransigencia clásica. Recuerdo haber escrito entonces una traducción del fragmento del "Carnigó", de Verdager, que canta el paso de Aníbal por los Pirineos, y una larga oda a la Venus Urania, patrona del Amor puro, cuya devoción, contrapuesta a la de la Venus terrestre, me parecía deliciosa y admirable para poderme enamorar, sin compromiso, de señoritas inaccesibles o mayores que yo.

Estos años de obsesión clasicista y de subterránea poesía neoclásica, pues nada publicaba de todo aquello, dejaron, sin embargo, su huella en mi primera publicación. Esta fué mi "Tesis doctoral" de Derecho. Cuando llego el momento de hacerla, terminada mi carrera, yo escogí como tema un "Ensayo sobre las ideas filosóficas-jurídicas de "La República", de Platón". Ahora comprendo que hay en ese "ensayo" mucho más de "filosófico" que de "jurídico", y comprendo que fué un sub-

terfugio inconsciente que busqué para evadirme del Derecho hacia mundos que me eran más gratos.

Abogacía

Efectivamente, yo empecé a ejercer mi carrera. La interferencia de mi verdadera vocación pugnando por abrirse camino entre mis exigencias profesionales se manifestó también entonces en una decidida preferencia por la parte penal y criminal de la profesión. Esto se consideraba, por lo menos entonces, una herejía escandalosa. Estaba convenido que la "parte civil"—pleitos, particiones, dictámenes—era la parte seria y grave de la carrera, y que lo "criminal" era empleo de abogadillos segundones. Yo, con un sentido más dramático y humano de la vida, protestaba enérgicamente. No comprendía que el discutir sobre "lo tuyo" y "lo mío" pudiera considerarse más noble que discutir sobre la honra, la libertad y a veces la vida de una persona. Aun hoy me parece que hace falta que pesen sobre la profesión abogacil mil rutinas y dejadeces para que la operación de dividir un cortijo, unas casas o unos títulos de la Deuda entre los hijos de un difunto se considere más noble que la de contribuir a averiguar si un hombre es honrado o no.

Con tal concepto de las cosas ya se comprenderá que abordé mi corta etapa de "criminalista" con más amor romántico y quijotesco a la justicia que respeto supersticioso a la ley: como un pequeño "modus vivendi" entre mi profesión y mi vocación. No me arrepiento. Al fin, como Pedro Crespo, erraba "lo menos" y acertaba "lo principal". Mi primera defensa recuerdo que fué la de una muchachita que había robado unas planchas de cinc en una fábrica de electricidad. Sobre tan poético asunto tejí una bella novela. Recuerdo que cuando subí a mi pupitre de defensor con mi toga negra de anchas solapas de seda, mi defendida me pareció en el banquillo bella e ingenua como la imagen del dolor. Mi discurso de defensa fué exaltado y fogoso. Me adherí con toda mi alma a mi propia novela. Uno de los principales motivos de defensa era que la delincuente, sólo por un mes de edad, resultaba, según los estrictos límites del Código, responsable. Había delinquido a los dieciséis años y un mes. Sobre ese mes fatal que la transformaba de inocente en culpable yo tejí un bello bordado de con-miseraciones, ironías y protestas tan conmovedoras para un espíritu libre como absolutamente irrespetuosas para la ley. La niña fué absuelta. Yo tuve un gran éxito... Y recuerdo que cuando bajé de mi pupitre, en la relajación nerviosa postulatoria, ya me pareció que la muchachita no era tan linda, que bizqueaba un poco de un ojo y que acaso no fuera imposible que, efectivamente, hubiera robado alguna plancha de cinc.

Durante unos tres meses seguí yendo bastante a menudo a la Audiencia. Entonces existía el juicio por jurados: apasionante, deportivo y anticientífico, como el Parlamento y como, en general, toda institución democrática. (Yo he conocido al través de mi vida muchas de las cosas que producen en el hombre intensa perturbación nerviosa: el discurso, el mitin, los estrenos teatrales. Ninguna de estas cosas, por lo menos para mí, iguala a la angustia y el choque nervioso de un juicio por jurados.) Se empezaba a las nueve de la mañana y ya, salvo leves descansos para tomar una taza de café, no se sus-

pendía hasta que el jurado dictaba su veredicto, que en los casos complicados era muchas veces a las tres o las cuatro de la madrugada. Así, en una jornada entre declaraciones, escaramuzas, sorpresas y contraataques, se resolvía la suerte del procesado de un modo temerario y frívolo. Cuando—a menudo, ya de noche—tocaba hablar al defensor, sus nervios estaban destemplados, su parcialidad sobreexcitada por el largo combate. Además, había que improvisar sobre mil incidentes y hallazgos inesperados que en el curso de "la prueba" habían surgido. Además, se encontraba uno enfrente, elevados a la categoría de inapelables jueces, a una fila de boticarios, labrantes y tenderos, a los que había que despertar a esa hora de su somnolencia física y de su desgana moral. Todo esto daba por resultado unas piezas oratorias enloquecidas y desconcertantes, a ratos absurdas y en algunos momentos bellas y conmovedoras como la pasión. (Yo dejaba mi Cicerón y mi Demóstenes a un lado, como Lope a su Aristóteles. Al fin y al cabo la oratoria empieza donde el razonamiento acaba; donde se inicia la sugestión que se añade a lo que fría y matemáticamente convencería también dicho torpemente o escrito en un papel. Ante un jurado había que hacer mucho más que razonar: había que con-mover, que hipnotizar, que pintar, que producir el horror trágico.)

Modernismo

Vino a mi el "modernismo"—con sus princesas, sus lirios y sus fuentes—como tenía que venir: de la mano de un cónsul americano. En Cádiz, por razón de su vida marítima, hay muchos cónsules americanos y entonces casi todos hacían versos. Este que digo se llamaba—o se llama, porque creo que aun vive—Bas Molina. No recuerdo de qué nación sudamericana era cónsul. Escribía versos lujosos, libres y afrancesados, por el modo de Rubén Darío.

Bas Molina daba en su consulado "reuniones literarias" íntimas y casi secretas, a las que yo empecé a concurrir con cierto aire de escapatoria doméstica. Los otros afiliados a la secta "modernista" en el estrecho círculo cultural de Cádiz eran algún periodista, otros varios cónsules sudamericanos y dos empleados de Correos. Todos leían poco y escribían bastante. Muchos días venía también el viejo poeta gaditano Eduardo de Ory, que tenía en el grupo cierto prestigio pontifical porque se carteaba con todos los escritores de Hispanoamérica y nos enseñaba autógrafos de Amado Nervo, Gutiérrez Nájera y Santos Chocano. Todos le miraban con gran envidia, porque hacía pocos años una tarde memorable había ido en una gasolinera a visitar en bahía, en un trasatlántico, a Rubén Darío, que navegaba para morir en su tierra natal. No pudo desembarcar por su estado de salud. Y Ory sólo pudo alcanzar a ver un despojo humano vencido por el delirio, que entre bascas y alucinaciones apenas pudo coordinar un par de palabras.

Por Cádiz, por ser puerto de los barcos que iban a América, pasaban a menudo literatos, artistas y actores. Casi todos desfilaban por la reunión de Bas Molina. Allí conocí a Francisco Villaespesa, que creo que embarcaba para Guatemala. Un día estuvo también allí Eduardo Zamacois, alto, airoso, llevando con aires de "lord" su cabellera

blanca. Antes de entrar había visto en la fila de sombreros del perchero mi famoso bombín, y al aparecer en la salita, sin saludar a nadie, preguntó secamente:

—¿Quién es el del bombín?

Me señalaron los demás. Se acercó a mí, me puso la mano en el hombro y profetizó:

—Muchacho: tú serás académico de la Española.

Académico de la Española soy, en efecto; y acaso la deducción ante mi fidelidad intransigente al sombrero de líneas duras no dejó de ser ingeniosa. Probablemente él dijo aquello con aire de reto y parcialidad.

Poesía y campo

Poco después empezó a influir en mi espíritu y en mis versos una nueva fórmula poética que venía a ser un poco como una componenda y armisticio entre el rigorismo neoclásico y el ensueño modernista, que andaban disputando dentro de mí. Me refiero a esa fórmula de poesía directa, regional, casera, que tuvo un momento de fervor y popularidad absoluta con José María Gabriel y Galán. Esta es la primera influencia que el público y la crítica conocieron en mí, por ser la que domina obsesivamente en mi primer libro, como ahora se dirá. Por eso he visto muchas veces señalado a Gabriel y Galán como mi primer "maestro" (el que me suministró esa primera fórmula y apoyadura que todo escritor suele necesitar en sus primeros pasos, si no es un genio que se lo crea todo él solo, hasta el límite en que, en letras, son posibles estas robinsonadas).

Yo no niego—¿cómo he de negar?—esta influencia; y el hecho de que mi biblioteca juvenil la presidían dos únicos retratos—Menéndez y Pelayo y Gabriel y Galán—bastaría para probarlo. Pero hay que limar y matizar un poco esa afirmación. Paradójicamente esa influencia de Gabriel y Galán que suele señalarse como mi primera esclavitud, fué en cierto modo mi primera liberación. No niego que la fórmula castiza y bonachona del poeta salmantino me aportaba una "receta"; pero esa receta era lo que yo necesitaba para decir mi verdad definitiva de entonces. (No era yo tan puramente el abogado provinciano y estudioso que le bastaban para expresarse unos ejercicios neoclásicos. No era tampoco el soñador romántico y desordenado que se expresara auténticamente en nocturnos lánguidos y vaporosos. Mi verdad estaba en medio, en la clásica y honesta simetría de un vivir limpio y cristiano, lo bastante lleno de orden y razón como para encontrar su instrumento expresivo en los endecasílabos netos de "El Ama". Gabriel y Galán vino a mí, sí; pero vino al encuentro del fondo sereno de mi alma, donde le estaba esperando para expresarse definitivamente una verdad dura y cristalina de vida familiar, temporada de campo, paisaje de viña, chumenea con troncos olorosos, madrugadas con canto de abubillas y crepúsculos con cirros violetas, de esos maravillosos, casi cursis, que sólo se ven en la campiña de la baja Andalucía.

Por aquel tiempo, con veinticuatro años, yo me había casado. Frente a una época que ya empezaba a ser desarreglada e insegura, yo había realizado un acto de desafiante y duro afinamiento tradicional. Yo, que pasaba largas temporadas con mis padres en nuestra viña jerezana, me había casado con la bella y santa muchacha de la viña vecina.

Todo esto, pues, estaba en mí antes de estar en "El Ama" o en "Ana María", la de Carrascal del Camino. Si mi poesía iba a parecer, al mostrarse pronto en público, un poco arcaica mi vida había sido antes mi primero y glorioso arcaísmo. Leí a Gabriel y Galán, sí, por aquellos días, y sufrí durante años la influencia de una fórmula poética que hoy sólo en parte apruebo. Pero, acaso el día en que leí por primera vez al poeta de Salamanca, el capataz de la vina me habló de la uva tempranilla que había llevado al lagar y mi mujer trajo una brazada de campanillas y jarritos blancos para ponerlas en el oratorio, o, al caer la tarde, pasó por delante de mí un bando de estorninos que volvia de robar accitunas en el olivar... ¿Quién influyó en mí, lector, Gabriel y Galán, los jarritos, las campanillas, mi mujer, el capataz, los estorninos? Probablemente todos un poco. Pronto, sin embargo, al publicar mi primer libro (o después al hacer el resumen de mis obras y hablar de "mis primeros pasos") los críticos habían de sentenciar pura y simplemente por Gabriel y Galán. Pero los críticos—¿verdad?—no saben nada de ese otro libro cuyos rengiones verdes de parra yo leía sobre la tierra albariza.

De "El Viático" a un prólogo

Ya había escrito ya varias poesías de campo, amor, familia y sencillez cuando compuse "El Viático", cuadrito andaluz, de poesía directa y color regional. Lo mande a los Juegos Florales de Sanlúcar de Barrameda, donde obtuvo la "flor natural". Es la primera poesía mía que rompió ya el circuito localista gaditano y andaluz y tuvo una ancha resonancia (fue reproducida en muchos periódicos y me vanó no pocas cartas espontáneas de un público ingenuo y extraliterario. Todavía hoy "El Viático" persiste terca y agarrado a las antologías de tipo conservador y a las recitaciones de "gran público"... No reniego de él. Sé todo el abismo que media ya entre él y la poesía actual que se quiere encontrar en la misma e inefable realidad del verso, y no en las cosas a que el verso señala o alude. Yo sé que muchos españoles han llorado con "El Viático"; pero sé que en realidad, más que con el mío escrito, han llorado con el Viático real de su madre, de su mujer o de su hija que el mío las evocaba. Ese oficio de "tercería sentimental" no es ni innoble ni fácil y por eso no reniego de él. Es una época. Pasó... También pasa la primavera.)

Yo no pude ir a recoger mi flor natural a Sanlúcar de Barrameda porque estaba de temporada en una finca de El Escorial. Había sido "mantenedor" de aquellos juegos florales sanluqueños el patriarca de periodistas don José Ortega y Munilla, firma cotidiana de "A B C", bondadoso y liberal, representante típico de la masa media que había de llorar con "El Viático". Me escribió una carta de encendido elogio y yo vi en seguida en ella la primera puertecilla que se me abría hacia el mundo literario oficial madrileño... y hacia la posible publicación de un libro. Tanto más cuanto que Francos Rodríguez tenía fama de bondadoso y acogedor y pocos meses antes había dado con un prólogo el espaldarazo poético al "Miajón de los Castños", el gran éxito poético, también castizo y regional, de Luis Chamizo.

Rápidamente ordené una selección de las poesías que tenía escritas. A la cabeza, "El Viático"; luego varias del mismo tono andaluz, regional, familiar

Unas cuantas más académicas y entonadas; una serranilla de tipo arcaico y al fin, como emboscadas y temerosas, un "Nocturno" y una "Sonata" de tembor más moderno, que se filtraba entre mis versos camperos como con aire de tanteo y exploración. Puse por título a mi cartapacio "De la vida sencilla", que era como decir de "mi vida", la cual hecha verso directo y claro era la que llenaba casi todo el libro.

Ya se comprenderá la intensa emoción con que con mis papeles debajo del brazo fui a visitar en su casa madrileña al maestro Ortega y Munilla. Recuerdo que en mi azoramiento entendí mal la indicación de la criada y estuve a punto de meterme en el dormitorio en lugar de en la sala. Rectifiqué a tiempo, pero no sin alcanzar a ver al copulento veterano de la pluma que se quitaba una chaquetilla casera para salir a recibirme, ayudado por su esposa. No me pareció mal el cuadro como augurio preliminar para el recibimiento que hubieran de tener mis poesías, tan llenas de emociones hogareñas.

Ortega y Munilla me recibió con aquella bondad casi maternal que le distinguía. Era alto, fornido, de voz pastosa y caliente. Tenía una reciedumbre de viejo tronco. Se adivinaba que sus ramas llegaban a todo el mundillo oficial, y que aquel hombre de frondosas influencias produciría, en su vejez primaveral, poetas, becarios, porteros de ministerios y canónigos de Toledo.

Sin embargo no estaba resabiado por el formulismo mecanizado del "hombre influyente y amable". Ponia calor en su elogio y en su interés. Me recitó de memoria trozos de "El Viático", que "se le habían quedado", y repasó mis cuartillas declamando con su voz melodiosa la "Serranilla" y el soneto del "Hidalgo español". De cuando en cuando se interrumpía para llenarme de aliento y esperanza, diciéndome: "Ahi, ahí nació Chamizo", y me mostraba el sofá de peluche verde con borlitas en el que yo estaba sentado. Quedó convenido en que me escribiría un prólogo. Me recomendó varias imprentas y editoriales, y me prometió una lista de personas a las que yo debía enviar ejemplares. Me dijo además que estaba publicando en "A B C" una serie de artículos sobre su excursión a Sanlúcar, y me aseguró que al hablar de los Juegos Florales diría de mi poesía premiada todo lo bueno que sentía. Con estas halagüeñas esperanzas me despedí y me levante del sofá donde nació Chamizo.

Ya se comprenderá el interés con que a partir de aquel momento devoré en "A B C" los artículos casi diarios en que Ortega y Munilla iba cantando su viaje por Andalucía. El tren, Sevilla, el maletero, el coche de alquiler... Avanzaba para mi impaciencia con una lentitud desesperante, acercándose a Sanlúcar con un moroso regodeo en cada detalle previo. Yo maldecía de Balzac, de Proust y de cuantos fueron los primeros en meter en la sensibilidad moderna ese culto vicioso del detalle y la nadería. Al fin llegó un artículo en que anunciaba para el próximo la crónica de los Juegos Florales. Abrí al día siguiente, con ansia infinita, el "A B C". En el lugar donde solían aparecer los artículos de Ortega y Munilla apareció aquel día una lacónica noticia en que se anunciaba que el veterano escritor había caído gravemente enfermo con una hemiplejía.

Vivió todavía unos meses, pero nunca más recobró su lucidez completa ni pudo, por lo tanto, reanudar su tarea

literaria. Cuando murió, mis cuartillas quedaban enterradas entre los papeles del difunto. Pero no quedaba yo tan huérfano como pude temer. Ortega y Munilla, que era expansivo y comunicativo, había hablado de mí con su gran amigo y gran maestro de las letras don Francisco Rodríguez Marín (a este le importaban menos las blanduras caseras que en mis versos conmovían a Ortega, pero se había enamorado, en cambio, de aquella "Serranilla" mía donde yo contaba no sé qué cosas que me habían ocurrido "pasada Torrelaguna—camino de Navarria"; camino por donde no he pasado nunca, dicho sea honradamente. Rodríguez Marín se prestó amablemente a recoger la herencia de Ortega y Munilla. Logró dar con el original y poco después tenía yo en mis manos el bondadoso y galano prólogo que había de ser mi primera ejecutoria de poeta).

Una lectura

Próximo ya a salir el libro, con gran asombro mío recibí en Cádiz una invitación para que diera una lectura de él en el Aula Magna del Ateneo de Madrid. Leves comentarios sobre todo el episodio anterior, filtrado por las tertulias madrileñas, y una nada del revuelillo que había producido "El Viático", bastaron para esta invitación de la iniquita y curiosa casa.

Se fijó, por carta, una fecha y me trasladé a Madrid en visperas de ella. Pero cuando llegué me encontré con una gran novedad. El Directorio Militar de Primo de Rivera—ya había sido instaurada la Dictadura—había ordenado, saliendo al paso de la incipiente agitación que hervía en el Ateneo, que asistiera a todas sus sesiones públicas, de cualquier clase que fueran, un delegado de la autoridad. El Ateneo, herido en su dignidad, había decidido suspender toda sesión pública. Yo, que me había trasladado a Madrid nada más que para leer en el Ateneo y por su iniciativa, no me conformaba con aquella orden. Me indicaron los caminos por donde debía llevar mi protesta, y ello me sirvió para tener nuevos contactos con el mundo literario de la Corte y conocerle más de cerca la cara y los modales. Visité a "Azorín", que era el presidente de la sección literaria. A "Azorín" no le importaba que se abriera el aula para la lectura de mis versos; vestido de gris, con su cara adormilada e inexpressiva, se veía que desdeñaba por igual al delegado de la autoridad, a mis versos y creo que al Ateneo. Me fué simpática su elegancia irónica y su falta de fanatismo, y desde entonces he mantenido una relación amistosa y franca con el impecable renovador de la prosa castellana... Pero no fué la misma la opinión pontifical del presidente general del Ateneo, que era don Angel Ossorio y Gallardo. Lo visité en su despacho, entre muebles claros y barnizados y tomos de colecciones legislativas; a cien kilómetros de la poesía. Se agitaba en su sillón, pasaba su cara ancha y se acariciaba su sotabarba de caid musulmán para asombrarse de que a mí no me importaba leer mis versos delante de un delegado del gobernador. Acudía constantemente al teléfono porque aquel día había planeado no sé qué menudeo incidente o travesura política. Comprendí que no había nada que hacer, y me despedí. Todavía en la puerta me manifestó que no comprendía cómo se podía vivir en Cádiz, y me preguntó qué hacía yo allí en todo el día. Yo le contesté con sencillez: "Ya usted ve: versos..."

Ya me volvía para mi rincón cuando algunos amigos me rogaron que la lectura, suspendida en el Ateneo, la diera en el salón de fiestas de los Caballeros del Pilar, asociación piadosa que dirigía el jesuita padre Aronso Torres. Este, que me conocía por haber sido magistral en Cádiz antes de entrar en la Compañía, hizo mi presentación y luego yo leí una docena de composiciones con los nervios tempiados y la malicia de quien ya tenía cierta costumbre de leer y hablar en público. Las ovaciones fueron ensordecedoras. Yo las recibí con un cedazo de cautelas entre el entusiasmo y mi vanidad. Sabía todo lo que había en aquel público de previo fervor por los temas y orientaciones de mi poesía. Sabía que al aplaudirme se aplaudían todos un poco a sí mismos, y más que el hallazgo sereno de "un poeta" les regodeaba, posiblemente, la polémica adquisición de "su poeta". Aplaudían mis versos y protestaban del Ateneo con una inconsecuente identificación de impulsos. Empezaba sobre mi obra la proyección de la rota y agitada vida política e ideológica de España, que tanto me ha zarandeado y angustiado durante toda la vida.

Lo mismo advertía pocos meses después en torno mío, cuando el tomito "De la vida sencilla", limpiamente impreso en leve papel pluma, salió a la calle. Fué un éxito fulminante. Se agotó rápidamente. Don Antonio Maura me escribió una larga carta autógrafa llena de honrada y directa emoción. La prensa católica y conservadora se volcó en elogios. La revolucionaria calló. "El Siglo Futuro" anunció en un largo artículo que yo había recogido el cetro de la poesía hispana, que yacía olvidado en la tumba de Gabriel y Galán...

En medio de toda aquella sinfonía rosada yo buscaba afanosamente una palabra, una mirada para mi "Nocturno" y mi "Sonata", temblorosamente metidos de matute entre mis rítmicas ortodoxias. Nada... Sólo, al fin, una frase cordial, caliente, sobre esos versos en una crítica amabilísima—¿cómo no?—de Manuel Machado.

Agradecí aquel rayo de sol limpio e imparcial. Y comprendí que si no defendía yo mismo mi verdad y mi poesía, aquel cetro que algunos me brindaban no pasaría de ser el de un reyezuelo de Taifa.

Epigramas y cuentos

El éxito de mi libro de versos dió ocasión, en un posterior viaje a Madrid, a que visitara a diversas "personalidades", a las que debía testimoniar mi gratitud por la acogida que habían dispensado a mi obra. De la visita a don Antonio Maura, única vez que con él hablé en mi vida, anoto esta frase sagacísima que me dijo comentando la "vacuna" clásica que advertía en mis versos y que me permitía, sin peligro, asimilar posteriores novedades. "El clasicismo—me dijo—es lo que queda en el alma después que se han olvidado los clásicos." Es sentencia que he recordado muchas veces al sentir en mí, decantados como elementos de inmunidad y asepsia, mis juveniles atracones de lecturas rígidas.

La que había de tener más decisiva influencia en el curso de mi obra fué la visita que hice al entonces director de "El Debate", don Angel Herrera Oria. Es Herrera el mejor cultivador del "tiempo" que he conocido. Me recuerda a esos labrantes duros y honrados de tierras pobres, que, linderos con la carretera, aprovechan para el cultivo

hasta los bardos y las cunetas. No había de perder los minutos que me dedicara: contados, precisos, coaccionados por ese "sed breves" que otros aconsejan en un cartelito y él impone con el gesto. Había de buscar a nuestra entrevista, como a todo, la desembocadura concreta y eficaz. Unos elogios, parcos, a mis versos y en seguida una pregunta directa: "¿Por qué no me manda usted algo en prosa?" Herrera tenía ya terminada la sobria y clásica construcción de aquel "Debate" serio, perfecto, germánico, modelo de técnica y precisión. Pero buscaba algo que, por más etéreo, no acababa de hallar: algo que faltaba en su construcción como una banderita en una torre. Herrera buscaba una sonrisa para la cuarta página de "El Debate". La buscaba con cierta displicente condescendencia: como el constructor de un automóvil fuerte y poderoso busca al fin una dioscilla de níquel para ponerla en el tapón del radiador. Dosisificador admirable y frío de las reacciones humanas de su público, quería, en la cuarta página de su periódico, una colaboración literaria, alegre, intrascendente, que sirviera de sedante tras las cifras, datos e ideas de las otras planas. Fué una maravilla de penetrante sagacidad que adivinara en mí la posibilidad de darle lo que deseaba. Los versos "De la vida sencilla", que motivaban la visita, no anunciaban nada de esto. Pero él insinuó que acaso no estaba todo yo en aquellos versos. Mi ligero ceceo, mi condición de andaluz le hacían adivinar que yo tendría un otro mundillo ligero y gaseoso, escondido detrás de la fachada grave y patriarcal de mi primera poesía. Un andaluz ceceante completaba probablemente su cuadro de colaboradores de "El Debate" como un gorrión disecado un gabinete de Historia Natural, donde ya estuvieran las otras aves serias e importantes.

No se equivocaba Angel Herrera. Hacía tiempo que en mi solitario cultivo de las letras yo me empleaba en una parcela irónica y crítica de mi espíritu, totalmente incongruente, en apariencia, con el tono de mis poesías. Ya empezaba esa inquietud dispersa, esos violentos sesgos y contradicciones, esas promiscuidades que, para bien o mal, han hecho varia y policroma mi obra, no sin cierto desconcierto de mis lectores. Al lado de Menéndez y Pelayo y Gabriel y Galán yo tenía en mi abigarrado panteón otros dioses o diablillos menores de tono totalmente distinto: había leído hasta la última página del ático, frío y delicioso don Juan Valera y aun, con permiso eclesiástico, no poco del demoledor y preciosista Anatole France. Había cultivado en mi soledad el cuento irónico, y aun mi poesía tenía un gabinete reservado e inédito que yo dedicaba al epigrama y la sátira. En él había dado forma poética a algún cuentecillo atrevido del "Calila e Dimna" y había escrito una abundante colección de epigramas donde yo parecía reírme y burlarme de todo. De amor, por ejemplo—con el título de "Nueva historia de amor"—, había yo hecho este dístico:

El se llamaba Juan; ella Clemencia...
¡lo demás ya no tiene diferencia!

De la honra y la conducta, tal como el mundo las valora, había yo dicho:

Robar algunos cuartos en dinero
es ser un ladronzuelo y un ratero.
Robar miles de duros a un conciso
es ser... "un poco sucio en el negocio".
Y robarle millones al Estado
es ser... "un gobernante afortunado".
Escucha este consejo que he sacado

en vista de las dichas opiniones:
"No debes de robar porque es pecado;
pero puesto a robar... ¡roba millones!"

No me fué, pues, difícil acceder a lo que Herrera solicitaba de mí. En mi "rastros" o preñería literaria había también aquel género. Pronto logré el tono exacto, alegre, ligero, que "El Debate" quería y quedé perfectamente encajado, como en casa propia, en un soleado patinillo de su cuarta página. Allí hice, durante años, toda una campaña de artículos irónicos, de filosofía ligera, de cuentos epigramáticos, que luego fueron recogidos en los tomos titulados "Cuentos sin importancia" y "Volaterías". Únicamente, de cuando en cuando, "El Debate" entendía que había ido un poco demasiado lejos y me devolvía, entre mieles, algún artículo. Entonces pasaba a "Blanco y Negro": como un novicio inquieto rechazado de los cartujos y admitido en los dominicos. Fué además en esta colaboración donde empecé a trazar, en cuentos y crónicas, "mis interpretaciones sin tópicos" del alma y las cosas andaluzas, que con este subtítulo se reunieron en el tomo titulado "La eternamente vencedora". Creo que estas interpretaciones andaluzas es de lo menos malo de mi producción en prosa. Han quedado, me parece, entre la media docena de cosas con sentido común que se han dicho de la luminosa y enigmática tierra del Sur.

Desde luego encuentro con relativa frecuencia personas que colocan toda su preferencia en estos artículos andalucistas, uno de los cuales, "Nieve en Cádiz", fué galardonado con el premio Cavia. Unos son sinceros en estas apreciaciones; otros creo que gustan de hacerla porque como es menos conocida, sonora y vistosa de mi obra, el preferirla da cierto aire de exquisitez y originalidad. Desde luego en "El Debate", donde se elaboraban en los consejos de redacción opiniones unánimes y canónicas sobre todas las cosas, fué decidido que esto del articulismo era mi camino y mi misión. Todavía el anti-guo crítico de aquel gran rotativo, con una admirable fidelidad, es el mantenedor de esa tesis. En general los elementos de "El Debate" y sus grupos contiguos, que rodearon aquella mi primera labor periodística, no han transigido con mis saltos a tantos otros campos de actividad literaria, y desde que salí de aquel soleado patinillo de la cuarta página me han considerado siempre un poco, como un evadido, fuera de la ley y reclamado por edictos.

Tribunas y púlpitos

Mi primer discurso en Madrid fué una conferencia en la Sociedad Geográfica sobre el "Hispanoamericanismo como etapa fundamental en el proceso humano hacia la unificación y la paz". Nada menos que eso. Un académico que me escuchó me dijo después de la conferencia: "He aplaudido uno por uno todos sus párrafos, y sólo al terminar me he dado cuenta de que no estoy conforme con casi nada de lo que usted ha dicho." En seguida, como es de rigor, me comparó con Castelar. Acaso hubiese podido mejor compararme con Onofre.

Por aquellos días hablé desde el púlpito en San Francisco el Grande; en Sevilla, en la iglesia del Salvador. Recuerdo como un placer voluptuoso mis primeros discursos; aquéllos los recuerdo como una profunda conmoción. Se habla muy bien desde los púlpitos. Su posición física, suspensa entre las bóvedas y el suelo, con el tornavoz por

montera y el auditorio a los pies, son la más maliciosa estrategia acústica y psicológica que se haya podido elaborar en una experiencia de siglos.

Vázquez de Mella

A don Juan Vázquez de Mella sólo le alcancé cuando tenía ya una pierna cortada. Me llevó a visitarle un jesuita, padre Miguel de Alarcón, hijo de don Pedro Antonio, el gran novelista. Recibía don Juan en su piso bajo del paseo del Prado, donde hacía la más desordenada vida que pueda imaginarse. Por la mañana, hacia la una, entraba a asearle el cuarto y levantarle, una criada que le servía el almuerzo y le dejaba instalado, como un mueble, en un sillón, junto a una mesa llena de libros y papeles. Al irse, la criada dejaba la puerta sin cerrar, simplemente entornada. Y desde aquel momento, como en una capilla en lugar de mucho tránsito, entraba y salía todo el que quería, a escuchar, saludar o adorar unos minutos o unas horas al dios—ya casi un busto de la Elocuencia y de la Tradición.

El día en que yo fui a verle le acompañaba el señor Chicharro, su discípulo y correligionario leal. Sabía ya don Juan algo de mis aficiones y tareas, y como su verbo era fácil siempre y su tiempo siempre ilimitado charló conmigo durante unas cuatro horas. Habló de todo con su voz maravillosamente timbrada y caliente; pero sobre todo habló de Metafísica. Hablaba de las "categorías" de Aristóteles y de las de Porfirio como hubiera podido hablar del tintero que tenía delante. Me dió a conocer cinco capítulos de la "Filosofía de la Eucaristía", que entonces corregía en pruebas, leyendo unas veces él y otras Chicharro, mientras él llevaba el compás con la mano. Me enseñó su mesa de trabajo—¿de trabajo?—, que era entonces la de don Juan Donoso Cortés. Había tenido primero la de Balmes, pero la familia de éste se la había reclamado y quitado para no sé qué museo. Esto le tenía indignado y le había hecho decidir la infinita superioridad de Donoso sobre Balmes. Era un niño. Durante nuestra charla entraban y salían personas que escuchaban un rato y luego se iban. Entre otros entraron, sin conocer, dos americanas que le pusieron por delante un álbum para que firmara un autógrafo. Sin dejar de hablar, Mella escribió en el álbum dos o tres páginas de piropos floridos, y firmó. Las americanas se sentaron aún unos minutos en un rincón y luego se marcharon sin saludar.

Hablamos algo aquel día de oratoria. Naturalmente, sus ideas eran también en esto de lo más "tradicionalistas". Defendía el párrafo amplio "a la antigua española" de un modo original: como una estrategia y picardía para lograr meter una idea en las cabezas más duras a fuerza de darla vueltas y dobleces, como quien mete una pieza de tela en el cajón de una cómoda. Me leyó un párrafo de un sermón de fray Luis de Granada, donde una sola idea, en formas varias y centelleantes, era repetida once veces. Comentaba luego: "Probablemente algunos de los que le escuchaban aún hubieran necesitado doce..." (Hoy creo que era en exceso rígido en su doctrina. La juventud actual es tremendamente intolerante con esto del gran resuello oratorio: y no puede negarse que ella ha conocido modelos de oradores sobrios y concisos que, ciñéndose al concepto, han logrado oraciones bellísimas y cristalinas. A esto Mella daba una explicación expeditiva y rápida diciendo que era efecto de la impotencia de ligar un

párrafo con sus preposiciones, conjunciones e incisos. Para él la "coma" y "punto y coma" eran las curvas y guiños de un buen conductor de automóvil: los "puntos finales" prodigados, los parones y frenazos de un conductor inexperto. Llamaba a la prosa de cláusulas cortas "prosa en virutas" y decía que la oratoria de ese estilo era la vieja gran oratoria, caída de unas manos uebues y hecna amicos. Yo he enseñado ultimamente—ya hablaré de ello—una cierta síntesis de ambos estilos: y no creo que por decisión intencionada, sino por natural depuración. He procurado ceñir las frases más y más, pero manteniendo en los grupos de ellas, que una cierta hermandad ideológica, el ritmo musical del periodo. Esto me ha hecho ver que la sensibilidad de los auditores seguramente se estiliza y afina también, y que una frase justa, clara e hiriente puede producir hoy en ellos la sacudida entusiasta que antes se buscaba azotándolos con la larga tralla del párrafo desmesurado.)

También recuerdo que Mella me había aquel día del gesto oratorio. Su tesis era aquí justísima. No hay gesto legítimo más que aquel tan inconsciente que forma parte de la palabra tanto como la pronunciación misma. Es el afán de hacerse entender el que excita el gesto expresivo y plástico, que además resulta elegante sin saberlo uno. Mella me dijo que él acostumbraba a comenzar sus discursos con una mano en el bolsillo del pantalón y la otra colgada por el pulgar del sobaco del chaleco. Así hablaba y hablaba, y sólo consideraba legítimo gesticular cuando sus manos, a espaldas de su voluntad, se le escapaban de sus prisiones.

Dictadura

Mucho menos nutritiva y sana que aquella primera alimentación religiosa y teológica de mi facilidad verbal fué la que poco después me vi obligado a suministrarla: la política.

Yo no he sentido nunca afición y gusto por la política. Mi padre era político: militaba en el partido conservador y fué diputado repetidas veces, hasta morir. Ya se comprenderá que si en este ambiente doméstico y teniendo yo ya cierta fama de orador llegué a los veintiséis años sin haberme ocupado para nada de la política es porque no me gustaba en absoluto.

Sin embargo, teniendo yo veinticinco años se produjo en España un acontecimiento estridente: el golpe de Estado del general Primo de Rivera. El general estaba ligado a mi familia por vínculos bastante próximos. Nuestra relación con él era estrecha y cuando vivió varios años en Cádiz, de gobernador militar, se había hecho aún más íntima. De aquellos días recuerdo haber oído a su hijo José Antonio representar en el comedor de su casa, en unión de sus hermanos un drama en verso de que era autor y que se llamaba "La campana de Huesca".

Cuando el 13 de septiembre el general dió su golpe de Estado, todos recordamos en casa en aquel "gesto" un producto lógico de su fervor patriótico, de su intuición rápida, de su pasión por la honestidad pública. Nada, sin embargo, se varió en la marcha ordinaria de mi vida; el telegrama de felicitación y aprobación "a Miguel" de tantos españoles, y nada más.

Naturalmente yo me sumaba al entusiasmo común de España, pero no a ningún listín ni recuento de esa enigmática política sin política que se anunciaba. Todavía se necesitó para la requis

de mi persona que el general viniera a Jerez de la Frontera con ocasión de una feria: que en una caseta del ferial se le diera un almuerzo y que en él—un "complemento" más como las flores de la mesa o la orquestilla que tocaba número de zarzuelas—brindara yo a los postres. El general Primo de Rivera era el espíritu más ancho y humano que yo he conocido. Se entusiasmaba, como un niño, con todo lo que era sustancialmente ajeno o aun contrario a su régimen de gestión. Era dictador y se parecía por la oratoria, la nota de prensa, la explicación pública, el plebiscito, el recuento de adeptos: todo lo que no necesita un régimen de decisión unipersonal. Era franco y valiente y se embobaba con la habilidad y la picardía. Debí ser creador "de ida", de una nueva norma y se derretía de placer hablando de "la vuelta a la normalidad"... Un jefe de minoría parlamentaria no se hubiese alegrado más de encontrar un posible diputadito nuevo para su grupo que se alegró don Miguel de encontrar un muchacho amigo y pariente, que imitaba tan bien la bella y florida arma verbal de sus enemigos. Se relamía de gusto pensando en el "peón" que había encontrado para aquel equívoco mecanismo apolítico que pensaba ya montar para su política. Su mente generosa e intuitiva andaba entonces, dejado atrás el sol de Africa, tanteando un nuevo desembarco en las playas más difíciles y movedizas de la vida civil. Y para aquella Unión Patriótica... que no iba a ser un partido, y aquella Asamblea... que no iba a ser un Congreso, le venía de perlas aquel orador que no iba a ser, en definitiva, más que el niño aquel que él había tenido alguna vez en sus rodillas.

Yo tuve que ceder a su llamada enérgica y cariñosa. Dispuso de mí. Entré a jugar al mitin, sin contradictores: al discurso en el Congreso, sin opositores; a la política, sin política. Mi producción literaria quedó bastante relegada: y durante unos tres años mi oratoria sufrió la disminución artística de todo lo demasiado fácil y mecánico.

Mi tarea durante la Dictadura no sólo se redujo a esta de la propaganda madrileña o provincial. Trabajé también en esfera más pura y científica, sobre todo en la Comisión de la Asamblea Nacional, a la que Primo de Rivera encargó la redacción de una Constitución nueva. Recuerdo con gusto aquellas tardes en un saloncito alto del Congreso, donde se reunían para hacer un nuevo Estado de raíz nada menos que don Juan de la Cierva, don Antonio Goicoechea, don Víctor Pradera, don Ramiro de Maeztu, don Gabriel Maura, don Carlos García Oviedo, don Víctor Cortezo y cinco o seis estados más. El encargo era total: un "Estado nuevo"; la coacción de la calle, nula; las mentes de los reunidos, claras y varias; la ciencia de algunos, mucha; la larga experiencia de otros; buena la fe de todos; tibia la calefacción; cómodos los sillones... ¿Comprende el lector que aquellas discusiones se parecieran mucho al "Symposio" platónico, o si mucho me aprietan al mismo hervidero de las "ideas puras" en la mente de la Divinidad? Yo no sé si la Constitución que allí se elaboró resultó o no la de la "República", de Platón, o la "Utopía", de Tomás Moro. Sé que esto es lo más que dió de sí la mejor técnica e inteligencia española, colocada en el más tibio y aséptico ambiente de científica pureza. Yo actuaba de secretario; y conservo todavía en mi casa el ejemplar de aquella Constitución angélica y nonnata que se destinó

a Su Majestad y que no llegó a entregarse. En ella apenas hay una alguna piedrecilla insignificante que yo, por no quedar mal al lado de aquellos varones, elaboré con unas cuantas lecturas atropelladas y mi inalterable facilidad de apariencia y adaptación.

Autenticidades

Pocos meses después de la caída del general Primo de Rivera, muerto ya este en París, fui requerido para un acto en homenaje a su memoria, que había de celebrarse en el teatro Alcazar. Era un acto en pugna y desafío con el revuelto ambiente de la calle. La lealtad y el pundonor me obligaron a ir. Hablamos en aquel acto el conde de Guadalhorce, Ramiro de Maeztu y yo. Mi tema era el mismo exactamente que el de hacía varios años: la dictadura, la obra de Primo de Rivera... ¡Y, sin embargo, que distinto era este tema visto ahora desde la vertiente aspecto de la oposición y de la lealtad! Todo adquiere una vibración nueva. Encontré desde el primer momento el tono necesario a cien leguas del mecánico, aulico y oficial de antes. Se podía desnudar mucho el estilo porque el razonamiento salía por sí solo, herido, apasionado y era ya poesía. Termine evocando el entierro del general, cobardemente conducido por las afueras de Madrid. El teatro se nevó de pañuelos cuando terminé, y al hablar después que yo el apasionado y generoso Maeztu me declaró solemnemente "el primer orador de las Españas", primacia seguramente tan abusiva e injusta como aquel pañuelo imperianista.

Los oradores tuvimos que salir aquella por la puerta falsa del teatro, pero un arte había entrado por una nueva y ancha puerta de autenticidad y de rigor. No es posible seguir ni aproximadamente el recuento de actos y discursos que se encadenaron para mí durante estos años revolucionarios. El tono fué ya siempre este. Estaban en juego cosas tan entrañables que su defensa fácilmente adquiría una vibración alta y patética. Toda exaltación y todo gran resuello oratorio le estaba bien a medida a las anchuras de Fe, Patria, Historia y Familia, que el enemigo me entregaba heridas. ¿Recuerdos de estar campañas? ¡Tantos y tantos!... Recordri gran parte de España, llamado continuamente para actos de combate por las diferentes organizaciones políticas de tipo nacional. Al mismo tiempo que cantaba la Patria, la acariciaba y conocía en la variedad policroma de sus tierras y regiones. En "El Debate", donde continuaba mi colaboración, escribí entonces unos artículos contando lo que España me iba diciendo a mí mientras yo le hablaba a España. Definí los diferentes públicos de España, tan distintos en sus reacciones.

Tribunas políticas

Todavía conocí en aquella agitada época otra tribuna de la que diré una breve palabra, tan breve como fué mi contacto con ella: el Parlamento. Ya dije que en las segundas elecciones de la República me presentaron candidato por mi provincia. Salí elegido a la cabeza de la lista gaditana. Los recuerdos de este capítulo de mi vida, tan varia de escenarios y ambiente, no corresponden a esta confesión. Algún día contaré los mil pintorescos episodios que viví las escasas veces en que ocupé mi escaño de terciopelo rojo y que me hicieron conocer por dentro

aquella máquina artificial y loca que es el Parlamento.

Hoy me toca ceñirme a lo que la democrática tribuna parlamentaria significó en mi oratoria, que fué bien poco. Tardé mucho en decidirme a hablar en el Parlamento. Diputado faltón desde los primeros días, me interesaba poco aquel juego artificial y me sentía poco dotado para él. Al fin, después de bastante tiempo de ser diputado silencioso, con extrañeza de muchos, que no comprendían cómo no me sentía tentado de medir mis armas en aquella arena, una tarde las minorías monárquicas me encargaron de que llevara por ellas la palabra para provocar "un debate político". Me explicaré. Había habido una crisis pequeña en un Gobierno presidido por don Alejandro Lerroux; habían sido cambiados dos ministros. Mi papel aquella tarde había de consistir en hacer una pregunta al Gobierno sobre sus planes y proyectos para de aquí derivar luego a eso que se llamaba "un debate político" y que era como una especie de concertante de ópera en el que, por turno, debían intervenir todos los capitostes y jefes de grupo. Hablé dos minutos para hacer mi pregunta al Gobierno. Fui sobrio y sin la más leve gala oratoria, pues me horrorizaba que creyeran que, por mi oficio de orador y poeta, iba a convertir el Parlamento en una exhibición lírica. Cuando terminé se levantó a contestarme don Alejandro Lerroux, que en dos minutos también y con igual cortesía que la que yo había empleado, me dijo que el Gobierno procuraría hacer lo que ya tenía proyectado el anterior, del que era continuación apenas modificada. A mí me pareció aquello tan correcto, tan natural que no había nada más que decir. Me levanté un instante para dar las gracias y me senté... La decepción de mis amigos diputados fué enorme. Parece ser que lo "parlamentario" hubiera sido que yo, tomando la ocasión por los pelos, me hubiera enfadado mucho con el señor Presidente, le hubiera dicho cosas tremendas y, sobre todo, que hubiera invitado a todos los jefes de grupo a que intervinieran a fin de enredar un buen jaleo y producir el deseado "concertante". Aquello se consideró un tremendo fracaso. Yo sólo me di cuenta de ello cuando aquella misma tarde, teniendo que dar un recado telefónico desde el Congreso, escuché en la cabina contigua la versión regocijada del episodio que daba a su periódico un reportero republicano. Comprendí entonces que a mi intervención se le había dado aires de estreno teatral. Y que se consideraba mi obra retirada desde el primer día del cartel.

Probablemente es cierto que mis condiciones oratorias no son aptas para tal lucha y escarceo. Me gusta preparar mis discursos. Suelo trazar de ellos un apretado esquema que llevo después a la tribuna y que nunca miro, con gran asombro de muchos amigos míos, que me preguntan que para qué lo llevo entonces, sin comprender que, aun que no lo miro, lo "veo" todo el tiempo con los ojos de mi imaginación, en la que, al trazarlo, se grabó, y ello me basta para seguir su arquitectura y no desorientarme ni perderme. Me gusta poco encontrar—por el carácter del auditorio, de la ocasión o de cualquier circunstancia—elementos imprevistos que me obliguen a introducir en mi esquema variaciones y episodios improvisados. Nada de esto es propicio—lo

comprendo—a la agilidad polémica que el Parlamento necesita. Probablemente en el arte de contestar con rápido descazo y de decir cosas sin tener tiempo de pensarlas serán muchos los que podrán vencerme.

"El divino impaciente"

Año 1932. Por aquellos días vino a Cádiz, a predicar en no sé qué cultos religiosos, un benedictino de finísimo espíritu y amplísima y moderna lectura que se llamaba el padre Rafael Alcocer. El padre Rafael, que luego había de ser mártir en la guerra antimarxista, era, como buen benedictino, un enamorado de la estética litúrgica, de la depuración y belleza de todas las "formas" no ya estrictamente de culto, sino de aproximación a las cosas sagradas. Dió sobre esto una atrevida conferencia en Cádiz, en la que, con escándalo de alguno, llamó a ciertas oraciones melosas de los devocionarios de moda: "tangos místicos". Continuó luego el tema en largas conversaciones conmigo y la charla recayó sobre el teatro religioso. Hablamos de Claudel y de las ideas de Maritain en "Art et Scolastique", y sobre todo, de los "juegos y milagros", tan sabrosos y medievales, de Henri Gheon. Me incitaba él a intentar algo parecido en España, y traía encargo del empresario teatral Manuel Herrera Oria de decirme que estaba a mi disposición para montar cualquier obra que yo hiciese en ese sentido. Yo objetaba la conveniencia de injertar toda esa modernidad en nuestra vieja tradición, puesto que la teníamos tan larga e interesante como es la de nuestras "comedias de Santos". Luego repasamos temas. Se habló de San Ignacio, de San Juan de Dios, de San Francisco de Borja. Yo me incliné por San Francisco Javier. Le encontraba la ventaja de que la movilidad de su vida aseguraba ya, aun en manos de un inexperto, la movilidad dramática... De este modo nació la primera idea de "El divino impaciente".

"De este modo, lector", pura y simplemente, no de ninguno de los otros modos que se han divulgado o supuesto. Y desde luego menos que de ninguna, de ese modo táctico y polémico que tanto se ha repetido, como un arma más, como un nuevo proyectil para la batalla en que andábamos metidos por aquellas horas, como una especie de "De Madrid a Oviedo"... a lo divino. (Todavía, en días recientesísimos, un crítico católico ha insinuado esa génesis, demasiado pura... o impura para mi "comedia de Santo". Yo no me dedico en estos apuntes confesionales—creo haberlo demostrado—a discutir con los críticos. Pero sí creo que me es permitido hacer alguna rectificación histórica y "de hecho", siquiera se trate de hechos intencionales y personalísimos que sólo por mi fe y mi palabra han de ser creídos. Se comprende que cuando los críticos históricos dudaban de la existencia del Cid, del alma del Cid, por respetuosa que sea para los críticos, tenía que sonreírse un poco, allá por el otro mundo. De igual modo yo, que tengo un respeto grande a la opinión ajena, tengo que sonreírme un poco leyendo esos rebuscados y estratégicos orígenes de "El divino", cuando yo me veo todavía, en mi mesa de mi viña de El Cerro, escribiendo mi comedia, con una ingenua voluntad de arte pacífico y puro, dudando, por su técnica un poco deslavazada, si lo titularía "retablo" o "es-tampas", y pensando en que mi obra tendría una vida de funciones especiales, actos religiosos, colegios, seminarios.

(Continuará.)

ACTIVIDADES DE LOS CENTROS

LA CORUÑA

“El proceso de secularización de la vida pública: sus estragos en el orden social y político”

Disertante: don Santiago Lozano

El proceso de secularización—dice—es tan antiguo como la Humanidad, y el único fin de la tendencia materialista es apartar al hombre de Dios. Se trata de hacer de la vida y de la religión dos cosas distintas y sin conexión entre sí; es simplemente fomentar el divorcio entre la ciudad de Dios y la de los hombres.

En esta lucha de siglos el argumento utilizado por el enemigo es que la religión cristiana constituye un obstáculo para la prosperidad de la vida civil, argumento que se esgrime bajo distintas formas a través de la historia.

Todo movimiento secularizador tiene en sí tendencias ateas, al menos según sus propugnadores, siquiera esta postura no pueda derivarse de verdadero convencimiento interno de aquellos que dicen serlo.

El panteísmo, que identifica a Dios con las cosas por El creadas; el agnosticismo y el indiferentismo son errores que también se han utilizado en el proceso secularizador de la Humanidad.

El Renacimiento, que no fué en definitiva sino una exaltación peligrosísima y funesta del individuo, abrió paso al racionalismo, que resquebrajó la vida social política y religiosa de los pueblos de Europa.

La Reforma no fué más que la consecuencia del estado que creó el Renacimiento, y su fundamento pudiera concretarse en que basta creer para salvarse, aunque sea un malvado. Negando al Papa, Lutero negaba a la Iglesia y a Cristo, y dejaba abierto el cauce por el que habían de venir el racionalismo, el liberalismo económico, el marxismo y demás errores de nuestro tiempo.

En la Enciclopedia redactada por el blasfemo Diderot, su director; por Rousseau, Voltaire y d'Alembert, se vertió la simiente que dió origen a la Revolución francesa y que todavía da vida a los actuales movimientos revolucionarios.

La Revolución francesa fué una locura que llevó a los pueblos a los más funestos errores, dejando, aun después de Napoleón, el divorcio, la separación de la Iglesia y el Estado y otros muchos males que todavía hoy privan en el mundo.

Los dos errores hoy más generalizados son el marxismo y el panteísmo de Estado. El primero trata de arrancar del alma de los pueblos todo lo que significa ligazón con Dios; ha dicho que “la religión es el opio de los pueblos” y en la nación sometida a su dominio ha organizado la lucha contra aquélla, creando y dotando de poderosos medios a la institución de los “Sin Dios”. El panteísmo de Estado también niega la autoridad de la Iglesia, sostiene el predominio de determinadas razas y trata también por todos medios de minar la obediencia de los fieles a Roma.

Esta situación, este continuo batallar por la secularización de los pueblos ha traído al mundo las más funestas consecuencias, y contra ello el Papa afirma en su Mensaje que no es posible vivir sin el sometimiento a los divinos principios. La paz que los pueblos ansian no es la que prometen los secularizadores, sino la paz de Cristo, basada en la justicia, cuyos fundamentos contiene el Mensaje que todos debemos conocer, estudiar y meditar.

GRANADA

El Secretariado especializado de Apostolado Universitario ha organizado una serie de conferencias que se celebrarán en el salón de actos de la Universidad. La primera de ellas estuvo a cargo de don Isidoro Martín, propagandista del Centro de Madrid, catedrático de Derecho Romano de aquella Universidad y miembro del Consejo Nacional de Educación. El tema fué “Misión educativa de la Universidad”. El acto estuvo presidido por el excelentísimo señor Arzobispo, Rector y el Decano honorario

NOTICIAS

Ha fallecido en Valladolid la abuela de nuestro compañero de dicho Centro Ignacio Serrano. Rogamos a nuestros compañeros la encomienden en sus oraciones.

—Nuestro compañero Mariano Hernández Fernando, director del Instituto Nacional de Enseñanza Media de Tortosa y correspondiente de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas en aquella capital, ha sido nombrado por el señor Obispo presidente del Consejo diocesano de la Rama de Hombres de Acción Católica.

—Don Félix Algar, padre político del consejero de la Asociación José María de Peñaranda y Barea, delegado del Gobierno para la Ordenación del Transporte, ha fallecido en Madrid el día 27 del mes de marzo. Rogamos a los propagandistas le encomienden en sus oraciones.

de Medicina, don Víctor Escribano. Asistieron muchos profesores y alumnos y los Decanos de Derecho, Farmacia y Medicina. En la misma serie hablarán Corts y Sancho Izquierdo, también propagandistas.

SEGOVIA

Con motivo del Día del Papa y como preparación al mismo, el Centro de la Asociación Católica Nacional de Propagandistas de Segovia organizó una semana de propaganda, en la que se publicaron seis artículos en la prensa local sobre temas del Pontífice y del Vaticano. El jueves y el viernes tuvieron lugar dos conferencias, a cargo de don Andrés Arahueta y don Luis Felipe de Peñalosa, sobre “El Tratado de Letrán” y “La Ciudad del Vaticano”. Se celebraron en el salón de la Diputación Provincial, concurriendo mucho público.

El sábado se radió un número extraordinario del semanario católico radiado “Cruz”, dedicado a exaltar la figura de Su Santidad el Papa. Y finalmente el domingo día 12 tuvo lugar en el teatro Juan Bravo un acto público en el que intervinieron don Francisco Martín y Gómez, propagandista de este Centro; don Jesús García Valcárcel, perteneciente al Centro de Madrid, y el muy ilustre señor don Aurelio del Pino, Vicario general de la diócesis.

El semanario “Cruz”, a que antes nos referíamos, ha empezado a publicarse el día 4 del mes de marzo. El cuerpo de redacción está formado por propagandistas y se emite al público los sábados a las ocho y media de la noche. Consta de “portada, editorial, noticias, página de arte, literatura y música, crítica de cine y libros y contraportada, en la que se viene haciendo un comentario sobre los Hechos de los Apóstoles”.

El Centro viene celebrando normalmente sus Círculos semanales, en los que se está desarrollando por diferentes ponentes el temario sobre “Los Mensajes de Navidad de Su Santidad Pío XII” y la enciclica “Mystici Corporis Christi”.

El domingo día 26 se ha celebrado, con una concurrencia de fieles hasta ahora no superada, la procesión de penitencia para inpetrar de Dios Nuestro Señor la paz. Fué organizada por la Acción Católica y presidida por el excelentísimo señor Obispo y autoridades civiles y militares. Terminó con la exposición y reserva del Santísimo en la Santa Iglesia Catedral y un vía crucis.

PREMIO BOFARULL

El Patronato del Premio Bofarull, instituido en la Asociación Católica Nacional de Propagandistas (Alfonso XI, número 4, cuarto izquierda, Madrid), otorgará en el presente año un premio de dos mil pesetas al mejor trabajo que se presente sobre “El orden interno de las naciones”, según las ideas de Pío XII.

Los trabajos consistirán en el estudio, glosa y aplicación concreta a España de las ideas expuestas por Su Santidad Pío XII, en el discurso de la Navidad de 1942, sobre “El orden interno de las naciones”. Podrán concurrir cualesquiera personas. El plazo para la admisión de los trabajos concluye el 30 de noviembre del actual año de 1944. El Patronato del Premio Bofarull otorgará éste en primero de enero de 1945. Dicho Patronato podrá acordar la publicación del texto premiado en un libro que se difundirá por toda España.

Ejercicios espirituales

DEL 1 AL 6 DE ABRIL

En Valladolid.

Director: reverendo padre Eduardo Rodríguez, S. J., profesor de la Universidad Gregoriana.

DEL 2 AL 8 DE MAYO

En Alcauás (Valencia).

Director: ilustrísimo señor don Juan Hervás, Obispo Auxiliar de Valencia.

Inscripciones: en la Secretaría del Centro, calle del Pintor López, número 3. Valencia.

DEL 26 DE JUNIO AL 2 DE JULIO

En la Santa Cueva de Manresa.

Director: reverendo don Angel Herrera Oria, presbítero, ex Presidente de la A. C. N. de P.

Inscripciones: don Francisco de A. Manich, Secretario del Centro de la A. C. N. de P., Lauria, 7, principal. Barcelona.